

DE LA INDEPENDENCIA POLÍTICA A LA INDEPENDENCIA MENTAL ELITE Y APROPIACIÓN DE IDEAS EN LOS ALBORES DE LA NACIÓN CHILENA

Mariana Perry F.

I. INTRODUCCIÓN

La gran crisis política que trajo consigo la independencia de España, además de autonomía trajo múltiples desafíos para las nuevas naciones. El tipo de organización política presentaba el primer y mayor dilema que debía ser abordado por las elites locales. A su vez, el escenario intelectual que acompañó este período crítico representaba en sí mismo la tensión entre eliminar lo anterior *versus* rescatar aquellas tradiciones funcionales a la nueva organización política. Esto animó y dio forma a debates intelectuales dentro de la elite que buscaba hacer frente a la crisis que el vacío de poder dejado por la corona española afectaba al Chile del siglo XIX. El camino a seguir en esos cruciales primeros años de independencia serían determinantes para asegurar el éxito del proceso general. Esta dinámica generada por la crisis de independencia sería el inicio de un debate permanente en la esfera de las ideas en Chile, entre teoría y práctica y entre realidad propia y ajena, que moldea el debate más general entre identidad y modernidad en Chile. El presente artículo tiene como objetivo identificar de qué manera la elite intelectual del joven Estado-nación – motivada por la crisis de independencia – articuló los principios de las ideas circulantes a inicios del siglo XIX con las demandas del contexto político chileno. Se buscará conocer la manera en que se utilizaron ideas extranjeras (principalmente europeas y norteamericanas) para fines locales, y las problemáticas que este proceso generó en el escenario intelectual y político chileno. Lo anterior se desarrollará prestando especial atención a las narrativa presente en dos de los principales representantes intelectuales del siglo XIX: Andrés Bello y José Victorino Lastarria. Se justifica esta elección debido principalmente al rol que ambos intelectuales ocuparon en la síntesis a la que apunta el presente artículo entre ideas circulantes producidas afuera y la necesidad del contexto local. Necesidad que para

ambos casos tuvo que ver mayoritariamente con la fundación de un proyecto nacional autónomo e ilustrado.

De esta manera y siguiendo en parte a Devés (2004), se plantea cuestionar tanto a los enfoques colonialistas (en donde se asume que en Chile solo se reciben ideas que las metrópolis deciden enviar) como a los enfoques marxistas (en donde se sostiene que los intelectuales orgánicos de cada clase social van al centro a buscar las teorías que les son funcionales para sustentar sus posiciones) para plantear que en el caso chileno, la elite intelectual, se apropió de aquellas ideas circulantes una vez que fueron necesarias y exigidas por el contexto, ‘chilenizando’ las ideas políticas en circulación.

Para lo anterior se recurrirá a la metodología provista por la historia intelectual, la que considera que historizar las ideas requiere una distinción entre el contenido semántico de ellas y su uso. Es decir, diferenciar el ‘qué se dice’ con el ‘cómo, cuándo, quién, a quién y porqué se dice’. Esta acotación teórica permite abordar la temática de las ideas superando la problemática en torno a su origen para aterrizar el análisis de su *uso* a través del lenguaje, lo que permite identificar las características del contexto que determinan los modos de apropiación, circulación y articulación de las ideas en discursos políticos públicos (Palti 2006).¹ Es debido a esta decisión metodológica que el presente artículo busca ser un aporte tanto en el análisis de las apropiaciones de ideas políticas en el Chile del siglo XIX, como una revisión historiográfica de las narrativas políticas que consideran la temática. A diferencia de la historia de las ideas “la historia intelectual estudia, además, sujetos y personalidades (...) así como las prácticas de análisis y de acción en que se insertan” (Pinedo 2012:36), lo que en el presente artículo se realizará a través de los ya mencionados intelectuales.

El artículo por tanto se estructura con una primera sección dedicada a conectar los conceptos teóricos de crisis, agente político y apropiación de ideas y su pertinencia al contexto de independencia chileno para contar con las herramientas necesarias para abordar la temática propuesta. Una vez identificada la tensión entre lo moderno y lo identitario, se analiza las principales narrativas políticas surgidas en torno a la crisis de la independencia, con atención al rol de la ilustración como génesis del pensamiento independentista. Asimismo se establecen los rasgos característicos de la elite intelectual chilena que actúa como agente mediador entre ideas y contexto. En base a lo anterior, se analizarán las principales teorías de origen externo que fueron apropiadas por la elite nacional: el liberalismo y el positivismo principalmente a través de los discursos políticos de Andrés Bello y José Victorino Lastarria. Finalmente

se aborda la síntesis que la elite chilena hizo de las principales ideas circulantes y de las necesidades del contexto nacional en el liberalismo moderado de fines del siglo XIX.

II. ENTRE MODERNIDAD Y TRADICIÓN: EL DILEMA INTELECTUAL DE LA ELITE LUEGO DE LA CRISIS DE LA INDEPENDENCIA

El presente artículo tiene como motor principal la noción de crisis en tanto impulso de cuestionamiento y exploración. La crisis política generada por la idea de la independencia, llevó a la elite chilena a identificar y utilizar aquellas ideas circulantes que serían funcionales para sostener el proceso de independencia y posterior organización política. Larraín al respecto sostiene que “la pregunta por la identidad cultural no suele surgir normalmente en situaciones de relativa estabilidad y autosuficiencia. Para que surja, se requiere un periodo de crisis e inestabilidad, una amenaza interna o externa al modo de vida tradicional” (1996:130). Del mismo modo Gazmuri sostiene que “las respuestas esencialmente novedosas y diferentes para los problemas sociales nacen en las épocas de crisis, cuando el sistema social al cual pertenecen los autores de las ideas nuevas está amenazado, o, como diría Toynbee, se enfrentan a un desafío” (1986:225). Vale mencionar que el concepto de crisis es equívoco y ambiguo² y mientras para algunos hay crisis para otros no, lo que agrega un elemento más de subjetividad al existir percepciones de crisis distintas sobre un mismo período. Sin embargo, el concepto de crisis es usado en el presente artículo en tanto instrumento “abstracto-analítico” que alude a “una situación anómala, transitoria, momento de cambio, desintegración, desequilibrio, pesimismo, desafío” (Gazmuri 2001:15). Tanto la crisis misma como su percepción implican un desafío al *status quo* y la necesidad de incorporar nuevos elementos para recuperar las ‘condiciones inmutables’. Por lo tanto, si bien se toma conciencia de la complejidad del concepto, en esta ocasión se usará como herramienta para reflexionar en torno a los desafíos impuestos a la elite chilena por la primera gran crisis de la historia independiente de Chile que significó tanto el proceso de independencia de la metrópolis como el proceso de formación de un Estado-nación autónomo. La crisis que originó y acompañó el proceso de la independencia en Chile tuvo la característica de ser pensada antes que actuada. Las ideas de la ilustración que guiaron los procesos independentistas en América Latina, antecedieron las prácticas político-sociales en las ex-colonias y marcaron la pauta de la orientación que éstos procesos debían asumir. Sin ser nación aún, se buscaba “construir la nueva identidad con los valores ilustrados de libertad política y religiosa, tolerancia, ciencia y razón” (Larraín 2010:20).

Este proceso fue liderado por una pequeña elite política que actuó como agente mediador entre el viejo y el nuevo orden; actuaron “como bisagra entre los centros que obraban como metrópolis culturales y las condiciones y tradiciones locales” (Altamirano y Myers 2008:10). Por tanto, el análisis en el presente artículo se enfocará desde el punto de vista de esta elite en tanto agente político, para identificar el proceso de recepción de ideas políticas externas para dar respuestas a las crisis políticas internas. En las naciones hispanoamericanas y hasta hoy día la escenificación del tiempo histórico de cada país:

[E]n su dimensión discursiva, tiene como agente fundamental a las elites y a la *intelligentzia*, y como dispositivo, en su dimensión operativa, al gobierno, a los aparatos del Estado, a la prensa, al sistema educativo, a las Fuerzas Armadas, a los ritos y conmemoraciones cívicas, a la historiografía y a la ensayística, incluso a las obras literarias (Subercaseaux 2011^a:12).

Para el caso de Chile en particular, es posible considerar la elite como sujeto de estudio pues tuvo la característica de ser altamente interrelacionada entre sí y abordar de manera pragmática las preocupaciones políticas y los intereses económicos (Stuven 1997). Lo anterior ha permitido que el conflicto dentro de la elite haya sido mínimo a lo largo de su historia. Jocelyn-Holt (1997) le otorga a la elite chilena la fuente del orden y estabilidad en Chile, debido principalmente a su capacidad de cohesión y adaptación frente a los cambios provocados por crisis:

Una y otra vez desde el siglo XVIII, [la elite] se ha abierto a nuevas situaciones que amenazaban su hegemonía, pero que mediante acomodados, cooptaciones y estrategias inspiradas en la flexibilidad supo aprovechar a su favor. Salió fortalecida del embate de un estado interventor y fiscalizador como pretendió ser el estado borbónico. Y aceptó el modelo ideológico más revolucionario de su tiempo- el republicanismo-liberal- en una coyuntura crítica, la Independencia, marcada por factores extrínsecos que provocaron el desmoronamiento del imperio español y el orden de legitimación preexistente (Jocelyn-Holt 1997:187).

Lo anterior es explicado por el autor dado que esta elite en particular, y a diferencia de otros casos en América Latina, fue moderna a nivel discursivo y tradicional en su manejo del poder. De esta manera pudo incorporar cambios fundamentales en un ambiente de continuidad, apoyado en una apertura en lo social y siendo “liberal-secular en su cosmovisión más profunda” (Jocelyn-Holt 1997:188). Esta función mediadora de la elite fue central en la articulación entre ideas circulantes revolucionarias en su origen pero cuya aplicación en el contexto político local tendió más bien a mantener una continuidad del orden social.³ Lo anterior se explica puesto que la transferencia de ideas políticas a códigos chilenos da paso a una

realidad distinta tanto del contexto original de las ideas como del contexto que las transfiere. Esto debido a que – como sostiene Bourdieu (1999) – las ideas no circulan con sus contextos, es decir; no traen consigo el espacio en donde son producidas, por lo tanto las ideas se completan cuando el mensaje es descifrado por un receptor en un contexto diferente.⁴ Es decir, el receptor “contribuye a producir el mensaje que percibe introduciendo en él todo lo que constituye su experiencia singular y colectiva” (Bourdieu 2001:13). A través de esta “apropiación creadora del producto propuesto” (2001:12) el resultado final puede alejarse del objetivo que orientó su producción en primer lugar, dando paso a algo nuevo.⁵ Romero utiliza la figura de la ciudad para retratar este tránsito explicando que la ciudad formal, la que contiene en su fundación la ideología formal, “la del acta y el escribano, de la espada y la cruz” una vez que toma conciencia que forma parte de un lugar real, con una sociedad real, sometida a desafíos e intereses reales, se convierte en una ciudad real, cuya ideología “fue hallando su propio camino y, por debajo de los encuadres generales, comenzó a cobrar cierta autonomía” (Romero 2011:15). Por tanto y recogiendo lo anterior, se completa la mencionada propuesta de Devés con el ya clásico trabajo de García Canclini, quien propone que la modernidad en América Latina convive con el impulso identitario, creando una nueva manera de relacionarse a través de la cultura de la hibridación.

La Historia de cómo se articuló nuestro exuberante modernismo, o sea los proyectos intelectuales de modernidad, con la deficiente modernización socioeconómica, es el relato de cómo se han ingeniado las elites, y en muchos casos los sectores populares, para hibridar lo moderno deseado y lo tradicional de lo que no quieren desprenderse, para hacerse cargo de nuestra heterogeneidad multitemporal y volverla productiva (García Canclini 1997:112)

Esta ‘hibridación’ de ideas políticas, no está exenta de conflicto, puesto que la convivencia entre ideas producidas afuera y contextos locales implica un proceso tenso acompañado de polémica en donde las fuerzas de lo ‘propio’ y lo ‘foráneo’ chocan durante el proceso de apropiación y en donde las ideas una vez transferidas deben competir por su lugar dentro del escenario político del país.⁶ Como bien señalan Roniger y Waisman (2002) y Ramos (2003), la incorporación de ideas europeas en sociedades ya de por sí heterogéneas provocó tensiones entre el marco externo y la realidad interna, lo que condujo a la producción de diferentes patrones de comportamiento político y de identidades colectivas e individuales. Estas diferencias conllevan implícitas un proceso de reflexión autónomo en donde el debate e intercambio de ideas en la esfera pública por parte de la intelectualidad, moldearon profundamente los caminos que cada nueva nación tomó para su entrada a la modernidad.⁷

En este sentido las propuestas antagónicas usaron la denuncia del origen extranjero de las ideas como argumento para descalificar su pertinencia, debate que acompañará todo el proceso de organización del Estado-nación aquí abordado. Dicha polémica se verá aún más acentuada en aquellos casos en que la elite, o al menos una parte de ella, busca incorporar ideas de origen extranjero sin un completo proceso de apropiación y adaptación al contexto propio, generando una brecha entre teoría y realidad que repercutirá en el desenvolvimiento de los procesos políticos nacionales.

III. ORÍGENES DE LA CRISIS: ILUSTRACIÓN Y PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA ELITE CRIOLLA

Las ideas de la ilustración europea encontraron en América Latina una tierra fértil para su circulación. Ya desde el siglo XVIII, cuando el tránsito marítimo se tornaba más expedito, los contactos personales y la influencia de los cada vez más numerosos viajes, unido a la progresiva tendencia de emprender estudios en el exterior, se convirtieron en factores esenciales en el traspaso de las ideas europeas a los territorios coloniales en América Latina. Muchos de los criollos adinerados regresaban a su tierra natal desde Europa con nuevos libros y publicaciones de diverso tipo⁸ (Jorrín y Martz 1970). Las ideas contenidas en estos textos fueron recibidas por los ‘precursores’; hombres como el Fray chileno Camilo Henríquez,⁹ el Jesuita peruano Viscardo y Guzmán, el publicista de Nueva Granada Antonio Nariño y el venezolano Francisco de Miranda “Las actividades de propaganda de estos hombres reforzaron la influencia directa de los escritores extranjeros y proporcionaron un canal a través del cual sus ideas podrían ser dirigidas a criollos letrados” (Griffin 1961:121)¹⁰. Asimismo, desde el siglo XVIII con las reformas borbónicas, la corona española buscó promover – desde un nuevo Estado más preponderante – reformas al orden cultural imperante en las colonias, específicamente a través de la educación de la elite, con el objeto de incorporar las ideas modernas circulantes en Europa a una tradición española ortodoxa en materias religiosas y a la vez monarquista en lo político, pero buscando enfatizar el orden y la estabilidad en la administración y en lo económico.¹¹ Esta incorporación *desde arriba* de la Ilustración contribuyó a atenuar el impacto de las ideas más radicales contenidas en la Ilustración europea y según Jocelyn-Holt (1992), permitirá comprender el carácter proyectual de la Ilustración en los movimientos ideológicos posteriores. Esto explicaría que a pesar de que estas obras llegaban con discursos contrarios a la colonia, la religión y el absolutismo, no implicaron mayor polémica en esos años, pero sí sentaron las bases en una elite familiarizada con las ideas de revolución que circulaban en

Europa. La apertura hacia el ‘espíritu del siglo’ se vio acelerada con la independencia de Estados Unidos y las consecuencias provocadas por la invasión napoleónica de España e instalación de una Junta de regencia en representación del pueblo español (Gazmuri 1992).

Las modernas ideas de la ilustración europea que iluminaron las mentes de estos intelectuales, se tradujeron en medidas concretas tales como la eliminación de la esclavitud, el establecimiento temprano de formas republicanas de gobierno y la libertad tanto educacional y religiosa. Sin embargo, al mismo tiempo se inauguró una brecha con respecto a otros aspectos de la sociedad que permanecían resistentes y hostiles frente a los cambios. Expresiones de una sociedad altamente estratificada con economías poco desarrolladas y en donde la tradición de una autoridad central vertebraba la forma de organización social (Hale 1996). Larraín, en este sentido, evidencia el conflicto al argumentar que “[a]mbrazamos con entusiasmo la modernidad ilustrada al independizarnos de España, pero más en su horizonte formal, cultural y discursivo que en la práctica institucional política y económica, donde por mucho tiempo se mantuvieron estructuras tradicionales y/o excluyentes” (1997:314). En esta misma línea, numerosos autores sostiene que entre las motivaciones que llevaron a los criollos a plantearse la independencia frente a la metrópoli, la influencia de las ideas ilustradas no era la principal,¹² pero una vez iniciado el proceso, se recurrió a esas ideas políticas para fundamentar teóricamente el nuevo orden republicano (Gazmuri 1992, Collier 1967, Jorrín y Martz 1970, Romero 2011). La burguesía criolla “aceptó la ilustración como ideología incorporándose sus elementos y sobre todo el sentido dinámico que entrañaba” (Romero 2011:162), sentido que permitió que esta elite criolla pudiera llenar de realidad local – como diría Romero – una ideología surgida en suelo extranjero. De esta forma, Jorrín y Martz (1970), sostienen que la ilustración y el liberalismo europeo del siglo XVIII en América Latina fueron fuerzas más destructoras que creadoras de alternativas. La sociedad era analizada en terminos críticos y pragmáticos y se cuestionaban los roles sociales y políticos de la monarquía, la Iglesia Católica y la elite peninsular, forzando una posición contraria al *status quo* sin tener una propuesta alternativa. No fue hasta después de las crisis de la independencia con la influencia creciente del liberalismo romántico¹³ y la consecuente defensa del utilitarismo, que los intelectuales del nuevo mundo se dedicaron con mayor énfasis a la creación de un nuevo orden en el hemisferio. En la misma línea, Jorge Huneeus sostiene que “[e]l espíritu de independencia crítica no despertó sino con la llegada de la ilustración moderna y de la independencia política” (1908:263). Primero era necesario lograr la emancipación política, pero el trabajo de una emancipación

completa tenía que venir después, “ya no era una guerra en contra del despotismo físico, sino contra el despotismo que permaneció en los corazones y las almas de los hispanoamericanos”¹⁴ (Zea 1963:64).¹⁵

Existen diversas explicaciones en relación a los motivos de las independencias en Latinoamérica.¹⁶ Sin embargo, es difícil negar el rol gravitante de las ideas y teorías políticas en estos procesos dado que fueron movimientos políticos los que estuvieron en el origen de las independencias.¹⁷ Por una parte, la insistencia en la racionalidad como justificación para las instituciones políticas propias del siglo XVII europeo, cuestionaron la autoridad tradicional de la Iglesia y el Estado. Por otro lado, una tendencia iniciada en Rousseau y encausada por autores tales como Thomas Paine, enfatizaron el contrato social, la soberanía del pueblo y la democracia teórica (Griffin 1961; Collier 1967).

Las principales ideas políticas de la revolución chilena fueron de carácter liberal e individualista (...) ellas se derivaron de las diversas corrientes de finales del siglo XVIII y el liberalismo de principios del siglo XIX: desde la tradición enciclopedista, con su énfasis racional en un orden natural universal y su esperanza de que se podían encontrar reglas infalibles para la conducción de la sociedad; desde la profundización de algunos de esos temas en la Revolución Francesa; y de la ideología moderada pero paralela del movimiento de independencia en las Trece Colonias (Collier 1967:168).¹⁸

Es así como algunos meses antes de los hechos ocurridos en septiembre de 1810, comenzaron a circular tanto en Buenos Aires, como en Santiago diversos escritos “llamados a conmover hondamente el alma de los criollos” (Donoso 1946:32). Uno de estos escritos fue el “Catecismo político cristiano” cuyo autor firmó bajo el seudónimo de José Amor de la Patria. Este escrito, que por muchos historiadores chilenos fue atribuido a Juan Martínez de Rozas,¹⁹ es nombrado por Jorge Huneeus como “la página más hermosa del pensamiento en Chile” (Huneeus 1908:133). En este texto, escrito bajo la clara influencia de las ideas ilustradas y que en Santiago circuló de mano en mano por no tener imprenta por esos años, se mostraban las bondades de la República y la democracia como único tipo de gobierno “que conserva la dignidad y majestad del pueblo el que menos aparta a los hombres de la primitiva igualdad en que los ha creado el Dios omnipotente” (Donoso 1946:32). Además, el texto denuncia el despotismo y la arbitrariedad de las monarquías de derecho divino e insta a los chilenos a que constituyan una propia Junta de Gobierno. Como contrapartida, Lima mandaba a Santiago escritos orientados a ejercer la influencia contraria para mantener a los chilenos fieles al Rey Fernando VII. “La lucha de las ideas quedaba así claramente definida: los impulsos renovadores llegaron a Chile desde Buenos Aires, mientras que en el ambiente social e ideológico de Lima la propaganda de la fidelidad inquebrantable al antiguo régimen

encontraba resuelta acogida” (1946:35-36). En esta primera división entre conservadores y reformistas es que se puede encontrar el origen de los bandos que buscarán disputarse la herencia del poder político ya vacilante.

Dentro de las clases oligárquicas de América Latina, si bien de acuerdo con la necesidad de mayor autonomía y reformas concretas, su aceptación de la noción de independencia y democracia liberal no fue inmediata. De hecho los primeros gobiernos de características dictatoriales tales como Juan Martín de Pueyrredón en Argentina y Bernardo O’Higgins en Chile; el poder ejercido por Simón Bolívar en Venezuela, entre otros, si bien no negaban el principio de soberanía popular, no lo incorporaron a su estilo de ejercicio del poder, y la elite criolla utilizó de manera selectiva las nociones ideológicas de la ilustración que fuesen más funcionales a sus intereses inmediatos (Collier 1967).²⁰

Tuvieron que pasar algunos años en los gobiernos recién independizados en América Latina para que se retomaran de manera más completas las ideas que habían servido de origen para los movimientos políticos revolucionarios (Griffin 1961).²¹ Es posible observar en este fenómeno, el proceso mismo de transición ya que conviven dos fuerzas al mismo tiempo: las ideas modernas de independencia contenidas en la ilustración y las ideas tradicionales de autoridad y verticalidad. Al respecto Jocelyn-Holt, refiriéndose a la ilustración en Chile sostiene que:

El que fuera adoptada, no original, hizo más expedito su impacto; bastó con aplicar un paradigma, no hubo necesidad de elaborarlo. El que fuera impuesta *desde arriba* la hizo tanto más efectiva, ya que debía operar dentro de un sistema político y social de por sí vertical; alcanzó a quienes debía alcanzar, a los círculos de poder (1992:102-103).

La anterior cita contiene dos ideas fundamentales. Primero, que la llegada de la ilustración a las colonias en general y a Chile en particular plantea una adaptación relativamente moderada dado que su inclusión respeta el orden vertical existente desde la colonia, por lo tanto su introducción se mantuvo dentro de los marcos aceptados y normalizados. Y segundo, la recepción de la ilustración tuvo como agente esencial a la elite, la que asumió un rol protagónico tras el vacío de poder dejado por la independencia en consonancia con la vigente “concepción ilustrada del poder” (Jocelyn-Holt 1992:106). Esta realidad, contrastó fuertemente con la del resto de los países latinoamericanos, en donde la emancipación tuvo un carácter más social. En Chile, ni la emancipación ni la lucha por el Estado amenazaron el vínculo de lealtad entre el trabajador y el patrón. Tampoco intervino un componente racial en la lucha independista como en otras realidades en América Latina que dividieron y complejizaron el proceso. La distintiva naturaleza del proceso en Chile se acentuó con la

homogeneidad tanto religiosa como económica de la elite dirigente a diferencia, por ejemplo, del caso colombiano, en donde la lucha religiosa condujo a la “anarquía en extremos deplorables” (Heise 1989). Finalmente, la emancipación chilena – en términos generales – prescindió de los problemas internos de choque de intereses entre la capital y las provincias del interior, que amenazaron el proceso independista de importantes países como Argentina, Brasil y México. Al respecto señala Julio Heise:

La clase alta, integrada casi exclusivamente por terratenientes del Valle Central, careció hasta mediados del siglo XIX de ese poderoso e inquieto sector mercantil que encontramos en México, Caracas y Buenos Aires que, con intereses económicos opuestos a los del latifundio, comprometieron la cohesión y la disciplina de la burguesía (Heise 1989:23).

Ahora bien, conviene en este punto identificar quiénes eran y de dónde provenían las personas que recibían y difundían estas influencias y que actuaron como bisagra entre el antiguo y nuevo orden de cosas. Para el caso en particular de Chile en el siglo XIX, la estructura social estaba altamente jerarquizada existiendo dos polos o grupos culturales diferenciados.²² Por un lado se encontraba la pequeña oligarquía capitalina. Este grupo social “de importantes raíces europeas y en particular hispanas” y cuya fortuna provenía principalmente de la agricultura, se diferenciaba del resto por tener “una cosmovisión más racional y moderna; usaba idiomas, matemáticas, pesos y medidas, dinero, fórmulas económicas y sociales, de origen europeo; su vestimenta era europea, sus gustos estéticos en relación al arte y la arquitectura estaban muy influidos por los moldes europeos” (Gazmuri 1992:23).²³ En el otro polo de la sociedad se encontraba la gran masa del pueblo repartida en campos y ciudades, “ajena a preocupaciones que no sean las de índole religiosa, constituyendo el trabajador en los campos o el obrero y artesano de las ciudades” (Donoso 1946:31). Era dentro de la oligarquía por tanto, el espacio “donde se darían todas las pugnas políticas, todas las corrientes de ideas e intereses y de donde surgirían todos los gobiernos” (Gazmuri 1992:17). A pesar que la oligarquía era relativamente homogénea y altamente conectada entre sí, la valoración de la autoridad colonial y en gran medida la admiración por la evolución de las ideas políticas liberales republicanas y democráticas existentes en las sociedades tanto europea como norteamericana heredadas de sus revoluciones trajeron como consecuencia la división de la elite entre dos polos. Por un lado, se desarrolló un polo conservador mayoritario, defensor del *status quo* heredado de la colonia. Por otro lado, un polo liberal reformista, integrado por una minoría de patricios cultos e idealistas que dominará en los primeros 20 años de vida independiente, “[c]on gran patriotismo pero sin tradición política pretendieron poner a la sociedad a

tono con los ideales proclamados en la revolución de la independencia” (Heise 1989:24).

IV. LIBERALISMO Y PRIMERA BRECHA ENTRE TEORÍA Y REALIDAD

El grupo liberal, concentrado en el Partido Pipiolo, dominó el espectro político posterior a la caída del gobierno de O’Higgins (tercera fase de Collier). Guiado por el pensamiento político de la ilustración buscó introducir variados (y fallidos) experimentos institucionales plasmados en las constituciones de 1822, 1823, 1826 y 1828. Proyectos iluminados por la ideología del liberalismo utilitarista de Jeremy Bentham, en donde se establecía que la felicidad y la convivencia solo podía lograrse a través del derecho, y en donde las reglas contenidas en constituciones eran capaces de someter y reformar la realidad (Subercaseaux 2011^a:33-38). Al respecto, y retomando la idea esgrimida anteriormente sobre la brecha que se dio entre la aplicación de las ideas ilustradas *vis a vis* las condiciones históricas reales del país, tanto Gazmuri (1992) como Subercaseaux (2011a) sostienen que el fracaso reiterado de las políticas liberales en el período 1823 y 1830 respondieron justamente a que Chile en esa época, no contaba con las condiciones socioeconómicas apropiadas para la incorporación de ideas liberales. De hecho, este período que por algunos historiadores es considerado como de anarquía,²⁴ tiene las características de un período de transición, gestado por una crisis, en donde la elite está buscando alternativas de organización incorporando las ideas modernas que estaban en circulación sobre la realidad chilena. Este mecanismo de ensayo-error que podría interpretarse como un fracaso pues produce inestabilidad y desorden, “se encuadran dentro de cierta coherencia proyectual” pues durante este período se configura “el afianzamiento del republicanismo, maduración política, equilibrio de fuerzas y diseño conceptual sobre la base de lo ya logrado” (Jocelyn-Holt 1992:229). Este temprano consenso en torno al orden republicano no era generalizado en el resto de América Latina, pues en otras realidades jefes civiles y militares aún consideraban el orden monárquico como posibilidad de organización (Stuven 2013).

De este modo, Chile inicia su período de vida republicana con las ideas ilustradas predominando a través del dominio ejercido por el Partido Liberal (pipiolos). Junto con las ideas políticas ilustradas, las tendencias en arte y literatura de la Europa liberal y burguesa fueron también muy admiradas por la elite culta chilena de la época. Gazmuri llama al período comprendido a partir de 1820, de “renovación cultural” (1992:26). Renovación que comenzó a gestarse incluso desde las guerras de independencia con la fundación de la Biblioteca Nacional (1813), algunos colegios como el Instituto Nacional (1813) y la aparición de numerosos

periódicos. En la misma línea Julio Heise, caracteriza el período entre los años 1810 y 1830 como:

(...) años de formación y de aprendizaje político (...) entre 1810 y 1830 los chilenos vivían una etapa de transición en la cual los grandes principios que dieron a la época colonial, su clara y sólida estructura, pierden prestigio y poder de atracción por obra de nuevos ideales que empezaban a adquirir vigencia y autoridad. Citado en (Gazmuri 1992:26).

Ahora bien, este período de aprendizaje, en donde la elite criolla, buscó nuevas ideas para hacer frente a los desafíos impuestos por la crisis del vacío de poder y luego por los riesgos de personalismos, como fue señalado, consolidó el marco desde donde se organizará el joven sistema político chileno; la República. La falta de conexión entre ideas y realidad y el consecuente fracaso de las ideas liberales europeas fue quizás una de las mayores enseñanzas para la elite chilena, la que confirmó lo que ya había puesto en práctica, en relación a la necesidad de adaptar a códigos propios, las ideas de origen foráneo.

Con el inicio de la década de 1830, se inicia también lo que se conocerá en la historia de Chile como “la era portaliana”,²⁵ en donde se confirma la República pero se asume desde una posición autoritaria y altamente pragmática (en contraposición al utopismo previo) (Góngora 1986). Confirmando esta chilenización del moderno liberalismo Europeo, Van der Ree sostiene para este período que se adaptó la tradición liberal europea para que amoldara a la estructura social tradicional chilena (2007). La república portaliana, representante de la hibridez política que deriva de la transferencia y adaptación política, traicionará repetidamente sus principios liberales al suspender el imperio de la constitución en función del orden y la estabilidad institucional²⁶ (Stuven 2013). Vale agregar que el pensamiento de Portales no iba en directa oposición a la doctrina liberal. Sin embargo, Portales defendía que Chile – y los chilenos – aún no estaba listo para incorporar el liberalismo en la política y que antes se debía preparar el camino a través del orden y la estabilidad. En carta a José M. Cea en 1822, Portales establece:

La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos (Portales 1954).

En este marco, el ambiente político en Chile se polariza y surgen importantes voces en el espectro político que no solo darán difusión y ampliación al debate político, sino que además contribuirán a las discusiones políticas que permitirán, hacia la segunda mitad del siglo XIX, una fusión y apropiación chilena en base a ideas de origen foráneo. Ahora bien, la elite comprendió en sintonía con la ideología del progreso, que la sociedad era un sujeto que debía aprender a estar dentro de las instituciones modernas de la república. De aquí se explica entonces el énfasis dado por los primeros gobiernos republicanos a la educación (Stuven 2000). En este sentido cobra importancia la contribución fundamental de la figura de Andrés Bello, el ambiente cultural que se generó con la llegada de los argentinos exiliados por el gobierno de Rosas y los resultados de la temprana instalación del Instituto Nacional y la Universidad de Chile que promovieron figuras trascendentales de este período como fueron José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao (Stuven, 2013).²⁷

V. EN BÚSQUEDA DEL CAMINO PROPIO. ANDRÉS BELLO: ENTRE LAS INFLUENCIAS EUROPEAS Y LA INDEPENDENCIA DE PENSAMIENTO

El gobierno que procede al fin abrupto del régimen de Pinto,²⁸ instaaura un gobierno autoritario que busca el desarrollo económico del país ajustado a su base social en formación. Para Portales, este desarrollo no debía ser obstaculizado por la diferencia ideológica, por lo tanto durante la década de 1830 el gobierno usó todos los medios posibles para “asfixiar a los pipiolos” (Subercaseaux 2011a:43). Sin embargo, la influencia de la ilustración europea de los siglos XVII y XVIII, como “la fe en la educación, el relativismo histórico, la creencia de que se debía reformar al hombre reformando la conciencia y los principios de igualdad ante la ley y de libertad de pensamiento” (2011a:29) ya había actuado como fundamento ideológico para el desarrollo de un liberalismo político en Chile y que, frente a los acontecimientos políticos de la década de 1830, encauza la conciencia liberal a través de la educación, los estudios – y especialmente después de la muerte de Portales – la opinión pública (Woll 1982). Especialmente los últimos años de la década de 1830 fueron los más abundantes en la expresión de la tensión entre legalidad autoritaria y una libertad que no podía abandonarse como inspiración política “representando bien la tensión entre tradición y modernidad que permeaba toda la cultura política” (Stuven 1997:277). Lo anterior coincidió con la política activa que emprendió la elite de fomentar la educación y lograr formar una sociedad civil que fuese funcional al proyecto político que se buscaba instaurar. Se concuerda entonces con lo expresado por Jocelyn-Holt (1997) y Subercaseaux (2011a) en que es la cultura, en tanto esfera

independiente tanto del aparato estatal como del poder de la elite, el espacio esencial en donde se provee de la libertad necesaria que permite el disenso y “márgenes críticos del autoritarismo” (Jocelyn-Holt 1997:99) que se orientan hacia una construcción propia que generará consenso dentro de la elite sobre el rol central del liberalismo moderado (ni el utópico y europeo de los 1820, ni el autoritario de las décadas siguientes) en las últimas décadas del siglo XIX en Chile.

La primera figura a ser mencionada como precursora de este espacio de circulación de ideas fue Andrés Bello, un venezolano que murió chileno y que promovió la discusión de las ideas, ya sea desde su rol de profesor, de editor o de publicista. La temprana revuelta revolucionaria en Venezuela, obligó a Andrés Bello y Simón Bolívar a emprender una misión diplomática a Inglaterra en 1810. Cuando los rebeldes fueron derrotados Bello decidió quedarse en Inglaterra extendiendo su estadía por 18 años. Según Jorrín y Martz “[f]ue un tiempo intelectualmente gratificante para Bello, puesto que se familiarizó con los principales pensadores británicos del momento y estableció estrechas relaciones tanto con Jeremy Bentham como con James Mill” (1970:94) En este contexto, es que Andrés Bello conoce a Mariano Egaña, quien interviene activamente para asegurar el viaje de Bello a Chile. El venezolano aterriza en Chile en 1829 y con él trajo un gran bagaje cultural que implicó una diversificación de los modelos admirados por parte de la elite chilena. Al contrario de muchos de sus contemporáneos, Bello si bien familiarizado con los filósofos franceses se mantuvo más cercano al pensamiento e instituciones inglesas y la herencia cultural española, la que se encargó de reivindicar en lo literario y lingüístico²⁹ (Gazmuri 1992). La influencia empiricista del escocés John Stuart Mill reforzaron su actitud conservadora y realista, rechazando el lirismo característico de la escuela romántica (Heise 1974). La influencia de Bentham en Bello en relación a la creencia de la reforma a través de la legislación, lo llevaron a enfatizar la necesidad de un sistema ordenado y estable legalmente. Esta creencia lo condujo a colaborar de buena manera con el orden provisto por la Constitución de 1833 y el orden portaliano (Wiarda 2001). El mismo Bello sostuvo en *El Araucano* en 1836 que: “[e]n Chile están armados los pueblos por la ley; pero hasta ahora esas armas no han servido sino para sostener el orden y el goce de los más preciosos bienes sociales” (Bello 1978:8). La filosofía del *Common Sense* escocés lo influyó notablemente, especialmente en su enfoque frente a la educación, lo que se vio traducido en el carácter adquirido en su labor como fundador de la Universidad de Chile (Kilgore 1961). En su discurso inaugural se identifica esta influencia, pues argumentó que el cultivo de las letras y de las ciencias tiene “una influencia política y moral (...) sobre los trabajos

especiales a que me parecen destinadas nuestras facultades universitarias en el estado presente de la nación Chilena” (Bello 1843:141). Con esto, Bello marcaría una tendencia profundamente enraizada en la cultura chilena en donde reconcilió –no sin conflicto – la tradición católica con tradiciones filosóficas seculares modernas, señalando que la moral “que yo no separo de la religión, es la vida misma de la sociedad”³⁰ (Bello 1843:141). Asimismo, al haberse inspirado en la Universidad Imperial de Francia para el modelamiento de la estructura de la Universidad de Chile, marcaba su naturaleza altamente estatal abordando el sentido político de la educación (Jaksic 1989, Kilgore 1961). Así, Bello sostuvo:

Yo ciertamente soi de los qe miran la instrucción jeneral, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes i privilegiados a qe pueda dirijir su atención el Gobierno; como una necesidad primera i urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas (Bello 1843:145).

Ahora bien, el énfasis dado por Bello a la responsabilidad moral de la educación y de las ideas en compañía de la religión no se encontraba ni en los ejemplos escoceses ni en el ejemplo francés, sino una versión diseñada a la medida de las demandas que él percibió del contexto chileno “reconociendo la necesidad de adaptar las formas gubernativas a las localidades, costumbres y caracteres nacionales” (Bello 1978:7).

Bello, además de trabajar en el periódico *El Araucano*, en 1837 fue elegido senador, siendo reelegido en 1846 y 1855. A pesar de que su alumno e insigne representante del liberalismo, José Victorino Lastarria lo retrataba como un conservador a ultranza, Bello introdujo una serie de políticas liberales en varias áreas como la codificación civil, el derecho privado internacional, políticas de fomento, entre otros (Jaksic y Serrano 2010). Asimismo su calidad intelectual se difundió también a través de su labor docente tanto como profesor y director del Colegio de Santiago. Desde este rol, Bello sería maestro de importantes protagonistas del siglo XIX chileno, tales como el mencionado José Victorino Lastarria, los hermanos Amunátegui, entre otros. En este sentido, y atendiendo a las fuentes de donde provienen sus influencias intelectuales, su mayor aporte a destacar en función de las necesidades del presente artículo, fue el persistente llamado de Bello a sospechar y recibir con espíritu crítico las ideas provenientes de Europa con el objetivo de fomentar el pensamiento propio. En 1848 Bello escribió en *El Araucano* a propósito de la obra de Jacinto Chacón:

Suponer que se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa es pura declamación. Nadie ha pensado en eso. Lo que se quiere es que abramos bien los ojos a ella, y que no imaginemos encontrar en ella lo que no hay, ni

puede haber. Leamos, estudiemos las historias europeas; contemplemos de hito en hito el espectáculo particular que cada una de ellas desenvuelve y resume; aceptemos los ejemplos, las lecciones que contienen, que es tal vez en lo que menos se piensa: sírvannos también de modelo y de guía para nuestros trabajos históricos. ¿Podemos hallar en ellas a Chile, con sus accidentes, su fisonomía característica? Pues esos accidentes, esa fisonomía es lo que debe retratar el historiador de Chile (...) Quisiéramos precaverla [a nuestra juventud] de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa (...) a quien al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento (Bello 2002b:249).

Desde una vereda contraria, pero apuntando al mismo sentido, los intelectuales argentinos que llegaron a Chile exiliados por el gobierno de Rosas en la década de 1840, fueron también fundamentales en la promoción de un debate intelectual conducente al trabajo en torno a un pensamiento político propio. Los argentinos entraron a la vida intelectual chilena con gran facilidad ocupando rápidamente puestos en importantes diarios, como profesores y sobre todo, como críticos de la joven república, contribuyendo a una opinión pública que, como ya fue mencionado, jugará un rol central en la germinación de un disenso frente al autoritarismo que conducirá – paradójicamente – hacia el consenso en torno a la moderación. Jorge Huneeus, retrata este proceso de la siguiente manera:

Las tiranías inauditas de Rosas en la Argentina arrojan en esos mismos días a nuestras playas esa falange inteligente de emigrados, todos ilustres, que se llamaban Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, López, Alberdi, Piñero, Peña, Gómez y otros, y estos jóvenes ilustrados se encuentran con que en nuestra antes raquítica sociedad intelectual, hierve y bulle inquieta ahora toda una generación brillante, que respira la atmósfera embriagadora de los veinte años en medio del cariño de viejos y honorables maestros y en medio de las sonrisas de una patria libre y llena de las más lisonjeras esperanzas políticas (1908:114).

La primera controversia pública que ocupó a estos intelectuales se desarrolló en torno a la valoración del Romanticismo. De acuerdo a Stiven (1997) y Woll (1982), en América, el romanticismo francés de Víctor Hugo con su obra *Cromwell* de 1827 y los escritos de Alphonse de Lamartine, se preocuparon del presente y del futuro más que del pasado, lo que era funcional a la legitimación de la independencia cultural y de la emancipación de la mente en la nueva República. Bello, si bien “compartía la visión liberadora del romanticismo” (Stiven 2000:284), advertía que el romanticismo, al igual que los liberales en política “en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia” (Bello 2002^a:375). Sarmiento primero y Fidel López después en las tribunas provistas por diarios de la época, sostenían que el romanticismo francés

podía ser funcional para la independencia cultural de los chilenos y que a través del arte que debía ser la expresión de una sociedad y de una época, debía liberarse de las ataduras del pasado, que para los argentinos estaba representada por el clasicismo de Bello (Fernández 1997, Heise 1974, Ramos 2003). En la misma línea, López sostuvo que el Romanticismo destruía el despotismo gramatical de las reglas retóricas, permitiendo que la literatura y el lenguaje progresaran. Este último punto, también estuvo dirigido en contra de Bello quien era un fiel defensor de cautelar la mantención de la gramática española. Fidel López al igual que Sarmiento, defendía el rol político de la literatura y del arte y la veía como fuente de progreso, señala al respecto: “todo aquello que es nuevo y que por serlo sale del círculo trazado por los intereses y tendencias del espíritu conservador, no se mancomuna con estos intereses, sino que al contrario propende a salir de ellos y los ataca sutilmente” (López 1842:125). Esta cita de López es fundamental para sopesar la importancia de este debate. Por un lado marca el inicio de una época rica en discusión intelectual a nivel público en Chile, que denota un proceso activo de discusión y circulación de ideas foráneas en su origen, pero locales en su apropiación, y por otro, evidencia la importancia de la difusión de las ideas a través de la multiplicación de libros y periódicos que demostró “ciertos aspectos de la complejidad ideológica de esa élite- hasta entonces oculta tras el consensuado liberalismo conservador de carácter católico” (Stuven 2008:419).

A pesar de esta diferencia, Bello y Sarmiento, coincidían en que el cambio hacia la emancipación total debía ser gradual. Al respecto Bello advertía que “medidas abstractamente útiles, civilizadoras, progresivas adoptadas sin consideración a las circunstancias, podrían ser perniciosísimas al envolvernos en males y calamidades sin término”.³¹ La anterior cita se une a la ya destacada noción de Bello en torno a mantener un espíritu crítico frente a las ideas de origen foráneo y a la imperiosa necesidad de adaptarlas al entorno.

José Victorino Lastarria, antiguo alumno de Bello, fue el más abierto a las propuestas argentinas, particularmente en torno al rol de la literatura como arma de progreso y expresión de la sociedad y al rol de la prensa “como el agente más activo del movimiento de la inteligencia, la salvaguarda de los derechos sociales”.³² En esta línea es que funda en 1842 la Sociedad Literaria como espacio de socialización. En su discurso inaugural, en donde asume como director, Lastarria incorpora el carácter pedagógico del asociacionismo republicano (Stuven 2008) y en línea con lo expresado por Sarmiento y Bello, sostiene que la democracia solo es “útil y bienhechora” cuando “el pueblo ha llegado a edad madura, y nosotros

somos todavía adultos”. La fuerza necesaria para alcanzar esa madurez es la ilustración, la que se vio retardada tres siglos para “satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada”. Para Lastarria, es el rol de los ilustrados y de la educación dirigir al pueblo a la madurez, “sirvámosle al pueblo, iluminémosle en la marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso”. No obstante lo anterior, Lastarria advierte que prácticamente no hay literatura que podamos llamar propia, y que “durante el coloniaje no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo”, por tanto después de 1810 “necesitamos forzarnos con nuestro propio esfuerzo”. En este sentido Lastarria valora en su discurso el momento nacional como el momento crítico para alcanzar las metas de progreso y civilización.³³

Mas no nos apresuramos a satisfacerlo; tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez esta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias que han detenido nuestra marcha social, derramando torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y virginal de la América española (Lastarria 1842:9).

A pesar de advertir en contra de los peligros de la imitación, Lastarria establece “no hay en el universo más que una literatura encendida y viviente, que es la literatura francesa”, por tanto insta a leer la literatura francesa, no para imitar “sino que para que aprendáis de ellos a pensar, para que os empapéis en ese colorido filosófico que caracteriza su literatura”, pues:

La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa la verdad y le ha señalado a la naturaleza humana como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación (1842:13).

Es posible identificar el dilema en torno a lo foráneo y lo propio que recorrió el siglo XIX particularmente en torno a las discusiones sobre la disciplina histórica que ocuparon los principales periódicos del momento. Atendiendo a la necesidad de desarrollar una literatura propia, entre los intelectuales del período se apeló también al desarrollo de la historia nacional como base para la construcción de nación. A través del desarrollo de esta historia se buscaba afirmar una identidad y abandonar o “liquidar el sistema heredado de la época colonial” (Foresti, Löfquist y Foresti 1999:118). En este marco fue que surgió otra interesante polémica entre los métodos para abordar la disciplina histórica. Por un lado Andrés Bello defendía la necesidad de contar con una metodología basada en hechos

históricos comprobables y por otro, Lastarria proponía la filosofía de la historia como principio a través del cual la historia podía ser usada como instrumento para iluminar el camino futuro de la sociedad identificando causalidad en los eventos históricos (Subercaseaux 2011a). Bello, criticó el trabajo de Lastarria y la emergente tendencia de la filosofía de la historia como método, al asociarlo con la esclavitud que viven los jóvenes frente a modelos foráneos, instándolos a “aprendez a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento” (Bello 1978:15). Además insistió que la única historia responsable era aquella que se adhería estrictamente a los hechos. Según Bello, “Primero es poner en claro los hechos, luego sondear su espíritu, manifestar su encadenamiento, reducirlos a vastas y comprensivas generalizaciones”(2002b:223) y en correspondencia concluye sobre el trabajo de Lastarria, particularmente en referencia a ‘Bosquejo histórico’, que la obra: “carece de suficientes datos para aceptar el juicio del autor sobre el carácter y tendencias de los partidos que figuraron en la revolución chilena” (2002b:245)

Lastarria, por su parte sostenía que los hechos debían ser presentados de acuerdo a una teoría que orientase el interés de la lectura, y que permita extraer lecciones para el futuro³⁴ (Zea 1963). La filosofía de la historia, particularmente la francesa, atrajo a Lastarria, Chacón, y otros, particularmente por la visión de futuro que este método les entregaba.³⁵ Si bien, coincidían con la importancia de la investigación de archivos para la sistematización de los hechos, esto se consideraba un punto de partida desde el cuál procedía el conocimiento histórico. “Estos historiadores veían a los hechos como herramientas para descubrir una serie de leyes comparables en rigor y certeza con las leyes de Newton (...) cuya síntesis podía lograr una utilidad científica para la sociedad” (Woll 1974:282). No obstante, la percepción de Lastarria sobre la disciplina histórica se apartaba del modelo europeo por que ésta evaluaba el pasado con nostalgia, mientras Lastarria proponía distanciarse del pasado colonial para reafirmar su presente y el proyecto nación a futuro, evidenciando dos ideologías que competían en la discusión en torno a la historia: la ilustración y el romanticismo. Los autores Foresti, Löfquist y Foresti al respecto señalan “En la intersección de estas dos direcciones dialogantes se escucha al sujeto colectivo chileno decimonónico que busca su identidad” (1999:190), reforzando la apropiación que Lastarria en este caso realizó para fomentar la independencia del pasado colonial y la proyección nacional.

La utilización de la historia en Lastarria, situaba al hombre en un camino hacia el progreso, negando cualquier tipo de limitación a la libre voluntad del hombre. De hecho autores como Condorcet llegaron incluso a negar la idea de pecado original y por primera vez, se planteó la posibilidad

de que el hombre tenía la potencialidad de lograr la perfección. No obstante, este rasgo de la filosofía de la historia pareció ir muy lejos para la mayoría de los chilenos, tanto política como filosóficamente, pues la ausencia de la divina providencia en la historia presentaba un panorama demasiado fatalista³⁶ que eliminaba la motivación para el progreso y el alejamiento de la Iglesia Católica era una idea impopular en el Chile decimonónico. Ejemplo de esto fue la recepción de la obra de Francisco Bilbao “La sociabilidad chilena” de 1844. En ella, Bilbao, criticaba a la Iglesia Católica por no tener base racional y por negar la libre voluntad y el progreso, y por atar al hombre a su pasado. Bilbao argumentaba que el catolicismo y el republicanismo no eran complementarios pues el catolicismo negaba el principio de soberanía popular y el republicanismo y el principio de igualdad negaban el tipo de obediencia al dogma característico de la Iglesia (Jorrín y Martz 1970). Al realizar esta crítica, Bilbao atentó contra el canon valórico de la sociedad, a través de una visión filosófica de la historia y la presentación de un diagnóstico del presente. En este diagnóstico, Bilbao dio por inevitable el conflicto entre tradición y cambio, y apeló a la necesidad de la revolución que permitiera imponer un sistema democrático a nivel social y político. Lo que buscaba Bilbao era reemplazar los valores católicos como cohesionador de la sociedad, por cánones exclusivamente racionales propios de la comprensión de la modernidad (Stuven 1997). La publicación de la obra, le significó a Bilbao la expulsión del Instituto Nacional, la quema pública de su libro y el exilio a Europa.³⁷ La reacción desde el mundo intelectual contemporáneo no fue más comprensiva. De hecho el mismo Lastarria lo calificó como un místico que velaba su crítica al catolicismo mediante un falso liberalismo (Lastarria 1967). A pesar de la impopularidad de la obra de Bilbao, las nuevas ideas ya estaban circulando en Chile y el surgimiento de voces como las de Lastarria y Francisco Bilbao dentro del grupo dirigente, con propuestas de orden social alternativo, del cual se desprendiera el orden político, “constituía un anticipo de la ruptura del consenso oligárquico” (Stuven 1997:289). Es así como surge la necesidad y por ende la demanda, de una filosofía que pudiese contener y ordenar las ideas en circulación y garantizar la estabilidad que la elite consideraba necesaria para el desarrollo del país.

VI. JOSÉ VICTORINO LASTARRIA Y LA RECEPCIÓN DEL POSITIVISMO EN CHILE

Luego de los fracasos de las repúblicas italianas y francesas en 1848, la emergencia del imperio de Napoleón III, la breve presencia de Maximiliano de Habsburgo en México y la aún más breve incursión española en la costa occidental de América del Sur, se desarrolla un fuerte

cambio en el modelo de admiración por parte de muchos intelectuales de las nuevas repúblicas en América, entre ellos Lastarria y Bilbao.³⁸ Esta postura anti romántica surge del seno mismo del romanticismo europeo el que aboga por una literatura que refleje la propia sociedad.³⁹ En este afán de liberarse del tutelaje francés, Lastarria mira ahora al modelo norteamericano para el desarrollo institucional, el progreso económico y sigue siendo Europa – paradójicamente – a través del modelo que impulsa la búsqueda por *lo propio* (Crawford 1971). Ahora bien, las preferencias que abogan por liberarse de las ataduras de la herencia española para avanzar hacia el progreso tienen un fuerte componente político, ya que los conservadores encarnados en el gobierno de Manuel Bulnes y la Constitución de 1833, se oponen fuertemente a estas ideas y buscan construir un orden estable apelando a elementos de la herencia colonial. En este marco en donde una incipiente oposición toma forma, se fundan diversos clubes inspirados en los clubes franceses de la época para dar espacio a expresiones ideológicamente más liberales y que no encuentran lugar en los conductos regulares de negociación al interior de la elite⁴⁰ (Stuven 1997, Gazmuri 1992). Especial relevancia tuvo la “Sociedad de la Igualdad”, fundada por Francisco Bilbao, Lastarria y Santiago Arcos en 1850. De hecho en 1849 estos grupos publican un set de reformas destinadas a instalar un nuevo orden, lo que será considerado hito fundante del Partido Liberal. En referencia a estos movimientos, autores como Alberto Edwards o Claudio Veliz, aseveran que el movimiento tras la “Sociedad de la Igualdad”, es influenciado directa y únicamente por las ideas francesas. Sin embargo, Cancino y Cancino (2014), objetan señalando que esta afirmación es equívoca pues desconoce que la fundación de la “Sociedad de la Igualdad”, si bien inspirado en clubes franceses, obedece también a factores estructurales de perturbación y de descontento social y político dentro de la sociedad chilena de la época, logrando movilizar a millares de artesanos y capas sociales subalternas. El resultado de estos iniciales movimientos populares condujo a que el gobierno de Manuel Montt decretara el estado de sitio, la proscripción de la “Sociedad de la Igualdad” y el exilio de sus fundadores en 1850 (Cancino y Cancino 2014). Por tanto, nuevamente es posible observar no solo un ejemplo de apropiación de prácticas e ideas políticas europeas a códigos nacionales sino que además el uso por parte de oponentes políticos la acusación en torno a lo foráneo para desestimar la pertinencia en el contexto local.

A pesar de esto, las diferencias entre ambas fuerzas no son radicales. De hecho ambos grupos buscan apropiarse de los conceptos políticos del liberalismo y de la valoración del orden. Lo que los dividía era la velocidad

del cambio, la desconfianza hacia los métodos bruscos, y la renovación del equipo a cargo de la política (Stuven 1997). El cambio en el discurso nacional fue evidencia de un cambio más progresivo en las bases del diálogo político. La siguiente cita del diario conservador El Mercurio de 1850 es reveladora en relación a este cambio; “El país creía por la fe y se le ha dicho examinad para creer”.⁴¹ Para la clase opinante chilena, era “la filosofía (...) expresión de la modernidad y fuente de nuevas ideas, la causante del desvío de los sectores reformistas” (Stuven, 1997, p. 296).

En este contexto, de fuertes agitaciones tanto nacionales como internacionales, la intelectualidad chilena comienza a separarse del liberalismo tradicional romántico para adoptar ideas que permitan uniformar el creciente espíritu científico para diagnosticar la realidad, y dar sentido a la historia propia para apuntar a un camino de progreso. De hecho en América Latina en general, durante la década de 1870 el liberalismo romántico rousseauiano en consonancia con los cambios y agitaciones políticas, económicas y sociales del continente, se había vuelto un liberalismo más pragmático, realista y utilitario. El estatismo y mercantilismo estatal inicial, estaban también dando signo de cambios hacia un mayor *laissez-faire* y un Estado reducido. Políticamente, se estaba dando mayor influencia a las ideas que apoyaban la separación de poder y los derechos políticos individuales por sobre los corporativos. En este sentido, argumenta Wiarda (2001), la elite latinoamericana debió encontrar una ideología uniformadora que, manteniendo ciertas tendencias del liberalismo, continuara con el orden social establecido, ayudando a sortear los conflictos entre conservadores y liberales que amenazaban con el fin del consenso al interior de la elite. Es a través de la fusión del liberalismo con el positivismo de Auguste Comte, que la elite logra mantener el sistema de poder existente pero con una apariencia liberal de orientación hacia el progreso. Es importante señalar, que una vez que el positivismo cruza el atlántico, solo ciertos aspectos de la ideología se mantienen, ya que como señaló Arturo Ardao (1963), el positivismo fue *adaptado* y no *adoptado* en América Latina, con el objetivo de conciliar las necesidades políticas de ciertos grupos sociales. Su asimilación, por tanto, evolucionó a través de su transformación. En este sentido, su adaptación no ocurrió bajo circunstancias idénticas, por lo que podemos encontrar diferentes versiones del positivismo latinoamericano. De hecho Leopoldo Zea (1963) sostiene que hay un positivismo mexicano, argentino, chileno, peruano, uruguayo, boliviano o cubano y su característica en común es el alto nivel de diversidad. En cada interpretación siempre estuvo el prisma de las particularidades locales de quien realizaba la interpretación.

Para el caso chileno, fue Lastarria – luego de su exilio – el actor protagónico en este tránsito o fusión entre liberalismo y positivismo. Sin embargo, y este punto es clave, la recepción del positivismo de Comte por parte de Lastarria lejos de adoptarlo sin cuestionamiento, fue una adaptación propia de ciertos elementos del positivismo que permitirían “buscar las leyes generales que gobiernan las acciones de los hombres” (Woll 1976:494) y por ende aprender las lecciones que orientaran el curso de la sociedad hacia el progreso. Lastarria incorporó el análisis de los tres niveles de Comte para abordar la historia, pero desechó fuertemente sus preferencias políticas y posteriormente rechazó los elementos religiosos que acompañaron el último período de su ideología⁴² (Woll 1976, Zea 1963). Lastarria nunca abandonó la libertad como eje central de su pensamiento, y a diferencia de Comte, quién ponía énfasis en el orden para alcanzar el progreso (llegando incluso a elogiar el golpe de Luis Napoleón en Francia o el Estado absolutista del Zar Ruso) privilegió siempre la libertad y los derechos individuales como vehículo para alcanzar el progreso. En esta línea, Lastarria llegó incluso a rechazar ciertos elementos positivistas de los escritos de John Stuart Mill, quien a pesar de concordar con la centralidad de la libertad individual, anteponía el rol del Estado y su capacidad de intervención en la sociedad para garantizar el orden.⁴³ Para Lastarria, los peligros de un Estado que estuviese por sobre el individuo podían derivar en un absolutismo incontrolable (Hale 1996). De hecho, Lastarria sugiere cambiar el lema del positivismo “Orden y Progreso” por el lema “Libertad y Progreso” (Woll 1976:495). En su obra “Lecciones de política positiva” de 1875, Lastarria analiza en clave positivista cómo la sociedad a través del tiempo ha seguido un curso lineal pero no regular. Eventualmente la sociedad sale de su estadio de descanso a la luz de nuevas ideas y creencias que dan lugar a una lucha entre lo viejo y lo nuevo y se inicia así un período de transición. Según Lastarria, la evolución humana es el último nivel del progreso general, el que asegura la predominancia de las facultades que caracterizan a los humanos por sobre otras creaciones animales. Su análisis sobre las instituciones sociales de su tiempo revelan que la Iglesia Católica no ha estado en sintonía con estos principios, sino por el contrario ha construido dogmas religiosos en reacción a las conquistas morales de la filosofía moderna. El resultado es una creciente tendencia hacia la separación de la Iglesia y el Estado. Como parte de este movimiento, Lastarria sostiene que la educación debe separarse de la religión y convertirse en una educación positivista y científica sin dejar de inculcar conocimiento y la práctica de la justicia para cultivar ciudadanos buenos y útiles (1874). Las propuestas de Lastarria, sumadas a la fundación en 1873 de la Academia de Bellas Letras, en donde se discutían las ideas

positivistas, se enmarcan dentro de un contexto particular de la política chilena en donde la relación Iglesia y Estado se estaba tensionando en torno al ámbito de la educación.⁴⁴ Lo anterior demuestra que el positivismo se utilizó en Chile como instrumento para criticar el rol de la Iglesia Católica, particularmente en el ámbito de la educación. Tanto liberales como católicos comprendían que quién controlara el sistema de educación, tenía un importante voto en la formación del carácter y valores de la sociedad (Jaksic 1989).

Valentín Letelier, fue quien promovió el positivismo heterodoxo en Chile como representante de una segunda generación de su adaptación al contexto chileno. Si bien, nacido en el seno del sector liberal, Letelier rompe con esta tradición, uniéndose al recién creado Partido Radical. Su quiebre con el liberalismo de Lastarria surge, entre otras cosas, con la propuesta de éste último de reformular la Constitución en base a la Constitución norteamericana. Esta idea le pareció poco acertada a Letelier, quien subrayó que la Constitución debía ser un reflejo de las necesidades de su propia sociedad y no la imitación de un modelo foráneo. De hecho, señaló que los chilenos a lo largo de la historia, habían imitado formas políticas y de gobierno de países cuya realidad social era diferente, debido a la falta de un criterio basado en una política científica que observe la propia realidad:

[E]n el vasto ensayo de constituciones que en el presente siglo se ha hecho, vemos que las Únicas florecientes, las únicas que han durado son aquellas que se han dictado en escrupulosa conformidad con los antecedentes históricos i con las circunstancias sociales de los Estados respectivos (Letelier 1886:48).

Es debido a esta denuncia que rescata fuertemente el pragmatismo tras la Constitución portaliana, valorando el recurso a las medidas autoritarias cuando es necesario engrosando las diferencias con los liberales, situándose junto con el radicalismo en un punto medio entre conservadores y liberales, obedeciendo al orden y al progreso del enfoque positivista. Al respecto Letelier señala:

Científicamente es tan indispensable la libertad para desarrollar las facultades humanas, como lo es la autoridad para satisfacer las necesidades sociales; i nosotros nunca pensamos en suprimir alguno de los dos principios para dejar el otro como único fundamento del Estado. Lo que siempre perseguimos fue dar a cada uno la importancia proporcional que en nuestra organización política le corresponde con el propósito de atender simultáneamente al orden y al progreso (Letelier 1893:7).

El reciente Partido Radical surge del ala izquierda del Partido liberal, y se centra en apoyar la educación científica, un sistema parlamentario de gobierno, la total separación de la Iglesia y el Estado, y medidas públicas

de salud (Letelier 1893). Además, tanto Letelier como esta nueva fuerza política criticarán la rígida adherencia del Partido Liberal a los principios del *laissez-faire* y propondrán una mayor presencia estatal en variados ámbitos de la sociedad tales como la educación,⁴⁵ la salud y la administración pública. Dice Letelier al respecto: “Para mi el Estado no es el príncipe de la nación; es la sociedad entera organizada políticamente; i cuando abogo por la autoridad del Estado, entiendo abogar por los derechos de la sociedad” (1893:10). Al igual que liberales y católicos, Letelier concordaba sobre la importancia política del sistema educativo que debía imperar en una sociedad moderna. De hecho, de acuerdo al análisis de tres etapas propuesto por Comte, Letelier consideraba que era la educación el vehículo que lograría alcanzar el tercer y último nivel científico (Jaksic 1989). La existencia de la nueva fuerza política, representada por el Partido Radical, da cuenta del espíritu del Chile de finales del siglo XIX. Por un lado refleja el estado de la discusión sobre la influencia de la religión en la educación en Chile y por otro antecede lo que vendrá a ocupar el centro de la discusión política en Chile desde el principio del siglo XX en adelante sobre el rol del Estado en la sociedad.

VII. EL CONSENSO POLÍTICO “A LA CHILENA”: EL LIBERALISMO MODERADO

La inclusión de conceptos científicos fomentó el consenso político dentro de la elite latinoamericana. Sin embargo, los defensores de las políticas científicas se veían a sí mismos como liberales, nuevos liberales u ocasionalmente, como conservadores-liberales. Esta confusión y reconciliación de términos teóricamente contradictorios fue una característica de esta “era de consensos” (Hale, 1996, p. 153). A diferencia del caso de México, en donde el concepto de política científica estaba definiendo la política radicalmente, Chile no había sufrido la intervención francesa, o guerras civiles de gravedad que dirigieran las ideas políticas en circulación. Por tanto,

(...) la apertura de los intelectuales chilenos a las cambiantes corrientes del pensamiento europeo fue mayor que en México, y la inserción de nuevas ideas sobre las antiguas se hizo más natural e imperceptible (...) La política científica en Chile no fue la declaración dramática de una generación posterior a la guerra civil y su relación con la herencia liberal fue aún más ambigua que en México (Hale, 1996, p. 154).⁴⁶

El siglo XIX de Chile, que empieza con la independencia y la búsqueda de su emancipación política mental, se caracteriza por una serie de ensayos que llevarán a una dialéctica entre orden y anarquía que dirigirá el rumbo de la política en general (Stuven 1997; Collier 1967). Luego de las experiencias constitucionales de la década de 1830 y la percepción de

desorden (propio de una nación que se está formando a sí misma), el autoritarismo portaliano que lo procedió y las demandas por mayor libertad que se empiezan a sentir con fuerza desde la década del 1840 que conduce al fracaso del autoritarismo hacia fines de la presidencia de Manuel Montt (1851-1861), sumado a las experiencias más radicales de los países del resto del continente, se instala en Chile un consenso dentro de la elite de la necesidad de cautelar un liberalismo moderado que garantice el progreso sin arriesgarse a extremismos políticos. Desde Andrés Bello es posible identificar el rol moderado que se le otorga a la libertad en el justo medio entre “docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad” (Bello 1843:152), pero es desde la década de 1860 que se consolida esta fusión entre libertad y moderación.

(...) a partir de la presidencia de José Joaquín Pérez, la aristocracia empezó a transformar su liberalismo instintivo y frondista en un liberalismo ideológico de origen francés, que se manifiesta en el aflojamiento de la relación oficial del Estado con la Iglesia Católica (Góngora 1986:50).

No solo en Andrés Bello es posible identificar los orígenes de este tipo de orden. Jocelyn-Holt, otorga a este liberalismo moderado, antecedentes en el enciclopedismo filosófico de los ya mencionados Juan Egaña o Manuel de Salas, en el modelo francés de un liberalismo cauto y crítico frente a la democracia, producto de las consecuencias de la radicalización generada por la Revolución Francesa y sus consecuencias; el personalismo napoleónico y el romanticismo. Asimismo este liberalismo moderado se nutre de la institucionalidad política derivado del modelo inglés, la que se constituye por libertad de asociación, en el derecho a participar libremente en elecciones y en la necesidad de contar con una oposición legítima para construir el orden. En este marco es que es posible situar las discusiones a través de la prensa de ideas liberales a partir de la década de 1840, la fundación de la Universidad de Chile como institución clave en el desarrollo político nacional y la proliferación de sociedades y clubes orientados a debatir y cuestionar el desarrollo intelectual del país. Jocelyn-Holt habla de una “sensibilidad burguesa”⁴⁷ para valorar un ámbito público confiable que permita el desarrollo económico-productivo del mundo privado (Jocelyn-Holt 1998). No obstante estos antecedentes, el liberalismo moderado encuentra su cristalización en la coalición de fines de la década de 1850 llamada ‘Fusión Liberal Conservadora’, resultado de las desavenencias dentro del núcleo conservador entre las posturas de los ultramontanos y los montt-varistas, que llevó a estos últimos a formar alianza con la oposición liberal. Pero es en la década siguiente cuando se consolida esta tendencia con la “Alianza Liberal” (1875), liderada por

Federico Errázuriz en donde se excluye a los ultramontanos del gabinete, el que se forma con liberales y radicales.

Por otra parte, este liberalismo moderado viene a solucionar una progresiva fragmentación de la elite que se había empezado a desarrollar desde la década de 1840. El discurso liberal con Bilbao y Lastarria comienza a extremar su posición progresista, alejándose de la sociedad tradicional. Por su parte, el ejecutivo genera cuadros de funcionarios que buscan proteger las prerrogativas del Ejecutivo al amparo de Montt y Varas. Desde la jerarquía eclesiástica surge otra fuerza que busca defender el tradicionalismo católico. Por último se perfilan dos nuevos centros económicos: el norte chico y Valparaíso, los que contribuirán a la pluralización y división dentro de la elite (Jocelyn-Holt 1998). Esta división se reflejó en la formación de distintos partidos políticos, canalizando de este modo la participación política.⁴⁸ Este nuevo escenario, potencialmente inestable, se solucionó a través del uso del parlamento como espacio para dirimir los conflictos de intereses, logrando que luego de discutidos los puntos, la elite pudiese hablar con una sola voz sin tener que acudir al electorado (Jocelyn-Holt 1998). De hecho, Heise afirma que la elite chilena, desde los riesgos que presentaba el autoritarismo contenido en la Constitución de 1833, se había planteado –inspirado en la filosofía política de Spencer y el modelo inglés – un sistema de prácticas parlamentarias para lograr imponer sus intereses. Los principales mecanismos eran los votos de censura y las interpelaciones (Heise 1986). Además este marco – eminentemente pragmático – ayudó en la creación de alianzas y acuerdos en desmedro del mantenimiento de posiciones más intransigentes que evidenciaran las diferencias doctrinarias. Estas diferencias doctrinarias además, tampoco eran radicales pues jamás se puso en cuestión el orden social (Collier y Sater 1996, Stuvén 1997, Valenzuela 1995). De hecho en torno al tema teológico, que si generó fuertes diferencias, los ataques no iban dirigidos en contra de las creencias católicas fundamentales, sino más bien al rol de la Iglesia en el Estado. En este contexto, los liberales actuaron de bisagra frente a un sistema polivalente logrando mantener armada la red de intereses e influencias al interior del parlamento.

Jocelyn-Holt, valora el liberalismo moderado pues durante al menos tres décadas, hasta 1891, no hubo mayores quiebres dentro de la elite a pesar de enfrentar serias crisis, tales como la Guerra del Pacífico y la crisis económica de la década de 1870, cambios generados por la urbanización de la sociedad y la inclusión del salitre en la economía. Finalmente, y sumado a lo anterior, se produjo una secularización pacífica⁴⁹ en comparación con otros casos latinoamericanos.⁵⁰ Además, el liberalismo moderado logró

congeniar cambio y orden dentro de una sociedad todavía tradicional, logrando incluso consenso y unión. Esto es explicado por Jocely-Holt, porque en la elite chilena lo doctrinario no dividió al grupo social dirigente y consolidó un modelo oligárquico de poder (Jocelyn-Holt 1998; Heise 1989).

No obstante lo anterior, a pesar de que la infusión de conceptos científicos incentivó la política de los consensos, el conflicto teórico que existía entre el liberalismo clásico y la política científica debía emerger (Hale 1996). En este sentido, tanto en Argentina, México, Brasil y Chile, eventos similares se desarrollaron hacia finales de siglo, los que pusieron en evidencia la tensión no solo teórica sino que también práctica de la inclusión de políticas científicas en un medio de tradición – hasta el momento – liberal. Esta tensión fue representada por la elite gobernante a través de la resistencia al autoritarismo en nombre de los principios constitucionales. A modo de ejemplo el caso de Valentín Letelier en Chile retrata esta tensión. De la ambivalencia en 1889, Letelier se enfrentó al presidente Balmaceda en 1890, frente a lo cual fue brevemente puesto en prisión y luego liberado por la revolución ya victoriosa en contra del Ejecutivo. Así, este período de liberalismo moderado, se termina con la emergencia de una crisis política que llevó al enfrentamiento civil. Nuevamente, como se propuso en al inicio del artículo, será una crisis lo que actúe de bisagra e incentivo para la búsqueda de nuevas ideas que hagan sentido a las necesidades del contexto.

VIII. CONCLUSIÓN

Reaccionando frente a la literatura que concibe los nacimientos de los estados nación latinoamericanos como espejos de la producción intelectual europea (y norteamericana), el presente artículo buscó demostrar que la elite en Chile, motivada por la crisis de la independencia y por la necesidad de explorar nuevas perspectivas ideológicas para hacer sentido de una realidad cambiante, se apropió de las ideas circulantes de la época y las tradujo a códigos propios en función de las necesidades del contextos. A esto responde la idea de que la revolución de independencia de Chile fue *pensada* antes que *actuada*, ya que frente a la crisis, la elite apeló a ideas disponibles para conectar práctica y teoría. El resultado fue la hibridación política que en forma aludía a las ideas externas, pero en el fondo hablaba de una fórmula nueva concebida por la elite intelectual para satisfacer las necesidades de la recién adquirida independencia. Lo anterior se refuerza frente a aquellos casos (por ejemplo los ensayos constitucionales de 1820) en donde se buscó forzar la teoría sobre la práctica, esperando que las ideas forjasen realidad. En este proceso se destaca el rol jugado por una elite

intelectual que buscó entrar a la modernidad observando las tendencias mundiales pero haciendo un esfuerzo activo por encontrar un lugar autónomo en ella, distanciándose de un pasado dominado para sentar las bases de un futuro soberano. A su vez se reconoce en el rol jugado por esta elite, la utilización de la dialéctica entre lo viejo y lo nuevo en función del orden. Es decir, el discurso político en torno a la búsqueda de la independencia mental fue utilizado para articular los discursos entre orden-caos y entre autoritarismo-libertad, proyectando en la relación con la autonomía la solidez del régimen en nacimiento. Así destacan la figura de Bello en tanto intelectual defensor del orden y de Lastarria, quien lo desafía.

Finalmente, es posible concluir que la pertinencia de una idea foránea para el escenario local – especialmente en aquellos casos en donde una crisis ha gestado la búsqueda de nuevas ideas – solo tendrá proyección en el tiempo siempre y cuando exista un contexto que presente una demanda propia a las ideas externas y por tanto, a través del rol mediador de los agentes intelectuales, se desarrolle un proceso de apropiación de ideas y prácticas políticas, que obedezca al entorno.

NOTAS

¹ La fórmula de traspasar el análisis del nivel de contenido semántico de las ideas para aterrizarlas a un contexto determinado a través de su uso en el lenguaje que representa el paso de la historia de ‘las ideas’ a la historia ‘intelectual’ tiene su origen en los escritos de la escuela de Cambridge representadas principalmente por Pocock (1989) y Skinner (1969) quienes defienden que los discursos políticos son actos del habla que deben ser entendidos en contexto. Para una reseña de los orígenes de esta escuela ver: Richter (1990).

² Para una introducción y discusión bibliográfica sobre la ambigüedad del concepto de crisis ver Gazmuri (2001).

³ En este sentido se adscribe a la versión propuesta por Rama (1998) y recogida por Altamirano & Myers (2008) que plantea que los intelectuales latinoamericanos en su mayoría fueron representantes y/o miembros del poder local, continuando de un modo u otro el orden social tradicionalmente imperante. Así dirá Rama en la ‘Ciudad modernizada’: “La letra apareció como la palanca del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder”. Sin embargo, Rama les asigna cierta autonomía a los intelectuales debido a la “pluralidad de centros económicos que generaba la sociedad burguesa en desarrollo” y al surgimiento de institutos que proporcionaban títulos habilitantes, instaurando espacios más libres del control del Poder, lo que llevará al surgimiento de un espíritu crítico (Rama 1998:63).

⁴ Cabe aquí mencionar que para Bourdieu, la circulación y eficacia de ideas y discursos cultos “procede de la oculta correspondencia entre la estructura del espacio social en que se producen – campo político, campo religioso, campo artístico o campo filosófico – y la estructuración del campo de las clases sociales en que se sitúan los receptores y con relación a la cual interpretan los mensajes” (Bourdieu 2001:15) Como se podrá observar a lo largo del artículo, las características de la elite chilena han permitido una conexión constante con la producción de

ideas europeas las que han perdurado ‘eficazmente’ debido a esta oculta correspondencia entre ambos espacios sociales.

⁵ Esta postura encuentra una versión antagónica en el trabajo de Hartz (1964), especialmente el capítulo 1, en donde se sostiene que la transferencias de ideas y prácticas políticas europeas hacia zonas como América Latina, Canadá y zonas de África del sur, no son más que una “fragmentación de la cultura e ideología europea”. Esto quiere decir que cuando una parte de una nación europea es separada de su todo, pierde su capacidad de cambio y se mantiene en un tipo de inmovilidad, lo que se opone a la propuesta sostenida en este trabajo en que cualquier idea enfrentada a un contexto distinto al de su origen y transferida mediante apropiación, cambia y se transforma en algo nuevo, enfatizando dinamismo en las ideas.

⁶ Esta tensión no es exclusiva de Chile y se encuentra en la historia de las ideas del resto de los países de América Latina. Al respecto revisar el interesante debate que se desarrolló en la literatura académica brasilera en los años 70 en relación a la importación de ideas extranjeras y su aplicación en el contexto sudamericano en general y brasilero en particular. El debate se inicia con la publicación, en 1973, del artículo “As idéias fora do lugar” de Roberto Schwarz (1973), quien sostuvo – en contra de las tendencias nacionalistas – que si bien el proceso de adopción de conceptos extraños genera graves distorsiones, los latinoamericanos no lo podemos evitar puesto que desde la concepción cargamos con la síntesis de lo extraño con lo propio. No obstante aquello, son estas distorsiones las que evidenciaban las particularidades latinoamericanas y las que se deben rastrear. Como respuesta, María Sylvia de Carvalho Franco (1976), argumenta que las ideas jamás están “fuera de lugar”, ya que si las mismas pueden circular en un contexto determinado es porque obedecen a alguna necesidad, lo que implica que están dadas las condiciones para su recepción. Esta discusión cruza toda la historia latinoamericana de las ideas y plantea interesantes debates intelectuales. Al respecto ver Cancino, Klengel, & Leonzo (1999), Palti (2005a) y Zea (1986).

⁷ Para ahondar en torno al concepto de “múltiples modernidades” y las particularidades que influenciaron las diversas lecturas de la modernidad, revisar: (Roniger y Waisman 2002)

⁸ Ver caso de los viaje del criollo chileno don José Antonio de Rojas, quien viajó hasta Rusia recolectando libros prohibidos y mandándolos a Chile (Jorrín y Martz, 1970). En su estadía en España, Rojas fue el primer chileno en adquirir y mandar a su tierra natal la Enciclopedia de Diderot y D’Alembert, las obras de Rousseau, de Montesquieu, de Helvecio, de Robertson y el Sistema de la naturaleza del barón de Holbach entre otras obras. Ver más detalles en Donoso (1946) Asimismo, su cuñado Manuel de Salas conoció de primera mano el avance ilustrado europeo teniendo contacto directo con Campomanes y siendo testigo del funcionamiento de academias y sociedades filantrópicas (Jocelyn-Holt 1992).

⁹ En el caso chileno, los nombres de Juan Egaña y Manuel de Salas, se imponen junto con el de Fray Camilo Henríquez para mencionar los ejemplos destacados de miradas heredadas del enciclopedismo filosófico que serán vanguardia en el cambio de un orden social escolástico y corporativo (Jocelyn-Holt 1998).

¹⁰ Traducción libre de la autora

¹¹ Sobre la Ilustración Católica ver Góngora (1969).

¹² La burguesía criolla – señala Romero (2011) – se comenzó a diferenciar de la elite tradicional y a tomar conciencia de sí con las ideologías mercantilistas, siendo la riqueza adquirida la que consagró su posición. En este sentido la burguesía criolla luchó por la libertad de comercio que las ideas mercantilistas ilustradas circularon en la época. A estas ideas económicas le siguieron ideas sociales, políticas y educacionales: “una sociedad híbrida y en proceso de integración debía revisar las tesis ilustradas acerca de la igualdad humana y de la condición del indio y del negro” (Romero 2011:167).

¹³ Romero sostiene que el romanticismo fue la respuesta antiiluminista a las revoluciones sociales espontáneas que las burguesías criollas comenzaron a mirar con temor y que denominaron de anarquía. Ver Romero (2011:171-173).

¹⁴ Traducción libre de la autora.

¹⁵ Existe una corriente historiográfica que señala que nunca hubo una real emancipación mental de Europa en los países de América Latina hasta ya comenzado el siglo XX. Richard Morse, por ejemplo, caracteriza el período entre 1760 y 1920 en América Latina como “Colonial” en donde “the creole, Catholic culture and institutions of Spanish America lay open to influences and pressures of the Western World which were on the whole ineffectually mediated to the ethos of the formative Spanish Period” (Morse 1964:165). Sin embargo, en el presente artículo se parte de la base que si bien muchas prácticas de dominación colonial se mantuvieron en las naciones latinoamericanas independientes, si existió un proceso activo por parte de muchos intelectuales latinoamericanos – no siempre exitoso – por adaptar y transferir las ideas foráneas a las realidades nacionales buscando crear propias versiones de sistemas de gobiernos aptos para los países en formación.

¹⁶ Para una breve enumeración de los distintos enfoques que explican las revoluciones de Independencia ver (Griffin 1961).

¹⁷ Para Julio Heise “Basta con leer el Acta de instalación de esta Primera Junta para convencerse del amplio conocimiento que nuestros próceres tuvieron de las nuevas ideas que empezaban a divulgarse en Europa” (1989:12).

¹⁸ Traducción libre de la autora

¹⁹ Ricardo Donoso señala que perteneció a un doctor de Chuquisaca, Jaime de Zudáñez (Donoso 1946: 32)

²⁰ Para un análisis pormenorizado de la selección por parte de la “intelligentia criolla” de las ideas de Montesquieu, Rousseau y Bentham en los primeros años de la independencia, revisar Collier (1967:168-178)

²¹ En Chile, este tránsito entre adopción utilitaria de ideas que justifiquen la independencia hacia la formación de una ideología revolucionaria, es dividido por Collier en tres fases. La primera, constituye el período conocido como Patria Vieja entre 1810 y 1814, se caracteriza por la introducción de la prensa y por la fundación de varios diarios que permitieron la publicación y difusión de ideas políticas a gran escala. La segunda fase, coincide con el período de gobierno de Bernardo O’Higgins entre 1817 y 1823 y se caracteriza por tener un renovado ataque en contra de los principales problemas de las ideas revolucionarias luego de la experiencia vivida durante la reconquista española. La mayoría de la literatura política en esta época apuntaba a una aplicación y uso concreto de las ideas políticas y las temáticas eran más o menos las mismas que las tratadas durante el período de Patria Vieja, pero con mayor énfasis en ciertos temas como la justificación de la independencia y la sistemática denigración de España. La tercera fase se desarrolla luego de la caída de O’Higgins y es la más productiva en términos intelectuales. Su principal característica tiene que ver con la multiplicación de diarios de contenido político, que permitieron la formación de diversos puntos sobre un espectro más amplio de la sociedad (Collier 1967).

²² Ricardo Donoso menciona la existencia de una clase media pero le otorga muy poca importancia para la vida social de la época dado que sus miembros – principalmente empleados de la administración – “se sienten espiritualmente unidos a la aristocracia, o no se hallan vinculados por un sentimiento de casta” (Donoso 1946:31).

²³ Para una descripción más amplia de la elite chilena del período post independencia, revisar: Stiven (2000:61-66)

²⁴ Ver: Eyzaguirre (1965) y Encina (1966)

²⁵ Sobre la figura de Diego Portales y las características centrales de los gobiernos a partir de la década del treinta, ver: Lastarria (1861), Encina (1934) y Bravo (1989).

²⁶ Sobre el rol jugado por la Constitución de 1833 ver: Heise (1954).

²⁷ De hecho, Foresti, Löfquist y Foresti van más allá sosteniendo que “sin la presencia de Andrés Bello y de Lastarria, el uno como maestro y el segundo como líder y maestro más tarde, y sin una juventud dinámica, nos parecería difícil la posibilidad de la eclosión cultural del 42” (1999:111).

²⁸ Para una recolección de los eventos que precipitaron el fin del gobierno de Pinto revisar Collier (1967).

²⁹ Para mayor detalle sobre las influencias filosóficas europeas de Andrés Bello ver Kilgore (1961) y Jáksic (2001).

³⁰ Para mayor información sobre la relación entre educación y religión en el siglo XIX ver Serrano (1994).

³¹ Bello, Andrés en *El Araucano*, 1843, citado en Stuvén (2008:424)

³² Esta y las siguientes citas de J.V Lastarria provienen del “Discurso de incorporación de D. J Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago. Impreso en Valparaíso el año 1842. Se puede descargar este documento de la página web www.memoriachilena.cl.

³³ Subercaseaux fundamenta este momento histórico clave en Chile, en donde Lastarria llama a Renovar y Refundar las distintas disciplinas que expresan a la sociedad, en función del desarrollo de diversos eventos insignes tales como: el triunfo sobre la Confederación Perú-Boliviana, la progresiva apertura democrática y estabilización de las instituciones durante el gobierno de Bulnes, la emergencia de un ambiente intelectual efervescente impulsado a su vez por la llegada de extranjeros tales como los ya mencionados argentinos exiliados, pero también de artistas europeos como Rugendas y Monvoisin, entre otros; la multiplicación de periódicos y revistas de alta calidad y finalmente la regularización de la carrera de vapores del Pacífico acompaña una multiplicación en la llegada de ideas y modas trasatlánticas (Subercaseaux 2011a). Huneeus, también incluye la llegada de viajeros, sabios, editores y maestros extranjeros, a quienes nombra detalladamente, en el contexto de unas “benéficas circunstancias políticas, sociales y personales (...) que contribuyeron poderosamente a despertar la vida intelectual de la generación de 1842” (1908:117).

³⁴ Para mayor detalle sobre la polémica en torno a la metodología de la historia entre Bello y Lastarria, revisar Woll (1974).

³⁵ Para un recorrido más detenido en torno a los componentes de la polémica sobre el método histórico revisar Subercaseaux (2011^a:75-101).

³⁶ Para Lastarria, dice Zea, el fatalismo en la historia no era más que la expresión de la irresponsabilidad individual, pues justificaba la imposibilidad de corregir las experiencias negativas (Zea 1963:135). En *Recuerdos literarios* Lastarria sostuvo que para evaluar los hechos históricos no teníamos un sistema metafísico o teológico, como Hegel, Vico, Herder o Michelet, sino que un criterio experimental, basado en la naturaleza humana, en sus leyes de libertad y perfectibilidad, y en consecuencia no caímos en el error fatal de descalificar la responsabilidad humana, de excusar crímenes o de glorificar a un hombre por actuar de acuerdo a las circunstancias de su tiempo” (Lastarria 1878: 272).

³⁷ Para una revisión más detenida del revuelo que significó la publicación de la obra de Bilbao, ver Stuvén (2000).

³⁸ Francisco Bilbao durante su exilio político en Francia se familiarizó con los exponentes del socialismo utópico y presenció las protestas sociales de 1848. De hecho trabó verdadera amistad con Quinet y Michelet y asistió a clases dictadas por el padre Lamennais, construyendo también

una relación de confianza y amistad (Gazmuri 1992:70). A su regreso a Chile en 1850, Bilbao evidenció el impacto intelectual de las ideas en circulación en Francia a través de su interpretación de la historia en épocas, siguiendo las distinciones hechas por Saint Simon entre períodos de civilización críticos y orgánicos. Asimismo retornó a su búsqueda de una síntesis en el proceso histórico mientras continuó rechazando la interpretación tradicional de valoración de la herencia española. Bilbao sostenía que la solución para el país era la implementación de un verdadero liberalismo político (Jorrín & Martz 1970) .

³⁹ Subercaseaux, por ende habla de la paradoja intelectual del siglo XIX y del sector ilustrado y liberal en particular, que busca imponer una modernización regida por un modelo ideológico cultural francés en una sociedad como la chilena que no presentaba el mismo grado de desarrollo social que la Francia de la segunda mitad del XIX (2011a:114-115).

⁴⁰ Para mayor detalle de estos tipos de sociabilidad ver Gazmuri (1992).

⁴¹ El Mercurio, 15 de noviembre de 1850, citado en Stuvén (1997:296).

⁴² No obstante la ideología que predominó en Chile con respecto al positivismo fue más bien selectiva como es el caso del Positivismo Heterodoxo representado por Lastarria, si existió una corriente en Chile que asumió un Positivismo Ortodoxo llegando incluso a ser fieles seguidores de la religión Comteana. Los representantes de esta línea son los hermanos Jorge, Juan Enrique y Luis Lagarrigue. De hecho Jorge fundó, hacia el año 1883, la Iglesia Positivista de Chile que posteriormente constituyó la Sociedad Positivista. Para mayor detalle ver: Zea (1963:149-159)

⁴³ Para mayor detalle sobre la lectura en la obra de J.V Lastarria sobre el trabajo de J.S Mill ver: Zea (1963:140-144).

⁴⁴ Durante el gobierno de Federico Errázuriz (1871-1875) Abdón Cifuentes es nombrado Ministro de Educación para aplacar la ira de los conservadores que veían cómo la educación en Chile estaba siendo inundada por ideas liberales. La primera medida de Cifuentes fue destituir a Diego Barros Arana de su cargo como director del Instituto Nacional causando gran polémica entre la intelectualidad chilena. A esto se sumó la ley introducida por Cifuentes, para destruir el monopolio estatal sobre la educación para favorecer la educación religiosa. Eventualmente Cifuentes fue destituido y su ley eliminada, provocando la retirada del Partido Conservador del gobierno de Errázuriz (Jaksic 1989).

⁴⁵ En 1882 Valentín Letelier viaja a Prusia por razones diplomáticas, y aprovecha su estadía para estudiar el sistema educacional alemán. Durante tres años estudia con atención el funcionamiento de la educación en todos sus niveles con especial atención a la ausencia de interferencia religiosa en las escuelas. A su regreso a Chile, Letelier vuelve con la convicción de que prácticas similares podían ser introducidas en el sistema chileno. Principalmente en lo que respecta a la separación entre Iglesia y Estado, la incorporación de una noción integral de la educación que involucre conocimiento práctico y teórico y finalmente, la importancia otorgada por el sistema alemán a la instrucción de los profesores (Jaksic 1989:51). De hecho en 1889 funda el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

⁴⁶ Traducción libre de la autora

⁴⁷ Ricardo Donoso confirma también la relación entre el surgimiento de una sensibilidad burguesa y el liberalismo y rastrea esta conciencia burguesa con el despertar de la intelectualidad chilena que provocó la agitación espiritual de 1842 y el impacto que la revolución de Francia en 1848 tuvo sobre el anhelo de reforma de la estructura social imperante (Donoso 1946:153).

⁴⁸ Para una revisión de la historia del sistema de partidos políticos en Chile ver Valenzuela (1995).

⁴⁹ Hale señala que Chile se alejó del liberalismo doctrinario (abrazando el utilitarismo, el anticorporativismo y conceptos constitucionales) mucho antes que países como México debido

a su conflicto menos intenso con la Iglesia. De hecho para Hale, debido a que el conflicto con la Iglesia en México fue tan prolongado significó que su pensamiento político se mantuviera por más tiempo ligado a las tempranas teorías de Bentham, al Jacobinismo e incluso al molde hispánico borbón (1973:64).

⁵⁰ Para una lectura opuesta en relación a la secularización “comparativamente pacífica” de Jocelyn-Holt, ver Vial (1981).

Referencias

- Altamirano, Carlos y Myers, Jorge (eds) (2008), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz.
- Ardao, Arturo (1963), “Assimilation and Transformation of Positivism in Latin America”, *Journal of the History of Ideas*, 24(4):515-522.
- Bourdieu, Pierre (1999), “The Social Conditions of the International Circulation of Ideas”, en Richard Shusterman (ed.), *Bourdieu: A Critical Reader* (pp. 220-228). Oxford: Blackwell Publishers Ltd.
- _____ (2001), *Qué significa hablar?* Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Bravo, Bernardino (1989), *Portales. El hombre y su obra: La consolidación del gobierno civil*. Santiago: Editorial Jurídica/Andrés Bello.
- Cancino, Hugo y Cancino, Rita (2014), “El movimiento generacional e intelectual de 1842 y la irrupción de un proyecto de Modernidad en Chile”, en Lená Medeiros de Menezes, Hugo Cancino Troncoso y Rogelio de la Mora (eds) *Pensamentos, contextos y instituições: Dos processos de independéncia a globalizacáo* (pp. 250-266). Rio de Janeiro: Universidad de Rio de Janeiro.
- Cancino, Hugo; Klengel, Susanne y Leonzo, Nanci (eds.) (1999), *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*. Madrid: Iberoamericana.
- Carvalho Franco, Maria Sylvia (1976), “As idéias estão no lugar”, *Cuadernos de Debate* (1):61-64.
- Collier, Simon (1967), *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833*. Londres: Cambridge University Press.
- Collier, Simon y Sater, William F. (1996), *A history of Chile, 1808-1994*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Crawford, William Rex (1971), “Positivist Thought in Chile”, en Ralph Lee Woodward (ed.) *Positivism in Latin America, 1850-1900: Are Order and Progress Reconciliable?* (pp. 17-25). Massachusetts: D.C. Heath and Company.
- Devés, Eduardo (2004), “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económicos-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960”, *Historia*, II(37):337-366.
- Donoso, Ricardo (1946), *Las ideas políticas en Chile*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Encina, Francisco Antonio (1934), *Portales*. Santiago: Nascimento.

- _____ (1966), *Resumen de la historia de Chile*. Santiago : Zig-Zag.
- Eyzaguirre, Jaime (1965), *Historia de Chile*. Santiago : Zig-Zag.
- Fernández Bravo, Álvaro (1997), “La frontera portátil: Nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento”, *Revista Iberoamericana* (178-179):141-147.
- Foresti, Carlos; Löfquist, Eva y Foresti, Álvaro (1999), *La narrativa chilena desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico* (Vol. I). Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- García Canclini, Nestor (1997), “Culturas híbridas y estrategias comunicacionales”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, III(5):109-128.
- Gazmuri, Cristián (1986), “Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco Encina y Alberto Cabero”, *Historia* (16):225-247.
- _____ (1992), *El "48" chileno: Igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- _____ (2001), “Notas sobre la noción de crisis histórica”, en Cristián Gazmuri (ed.) *El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis* (pp. 7-15). Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Góngora, Mario (1969), “Aspectos de la ilustración católica en el pensamiento y la vida eclesiástica chilena (1770-1814)”, *Revista Historia* (8):43-73.
- _____ (1986), *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Griffin, Charles C. (1961), “The Enlightenment and Latin American Independence”, en Arthur P. Whitaker (ed.) *Latin America and the Enlightenment* (pp. 119-149). Nueva York: Cornell University Press.
- Hale, Charles A. (1973)., “The Reconstruction of Nineteenth-Century Politics in Spanish America: A Case for the History of Ideas”, *Latin American Research Review*, 8(2):53-73.
- _____ (1996), “Political Ideas and Ideologies in Latin America, 1870-1930”, en Leslie Bethell (ed.), *Ideas and Ideologies in Twentieth Century in Latin America* (pp. 133-205). Nueva York: Cambridge University Press.
- Hartz, Louis (1964), *The Founding of New Societies*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc.
- Heise, Julio (1954), *Historia constitucional de Chile*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- _____ (1974), *Historia de Chile. El período parlamentario , 1861-1925. Tomo I*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- _____ (1986), “Evolución histórica del pensamiento parlamentario en Chile”, *Academia chilena de ciencias sociales*, 1-47.
- _____ (1989), *150 años de evolución institucional*. Sexta edición. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Huneeus, Jorge (1908), *Cuadro Histórico de La Producción Intelectual de Chile*. Santiago: Biblioteca de escritores de Chile.

- Jaksic, Ivan (1989), *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*. Nueva York: State University of New York Press.
- ____ (1995-1996), "Racionalismo y fe: La filosofía chilena en la época de Andrés Bello". *Historia* (29):89-123.
- ____ (2001), *Andrés Bello: La pasión por el orden*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Jaksic, Ivan y Serrano, Sol (2010), "El gobierno y las libertades: La ruta del liberalismo chileno en el siglo XIX, *Estudios Públicos* (118):69-105.
- Jocelyn-Holt, Aldredo (1992), *La independencia de Chile: Tradición, modernización y mito*. Madrid: Editorial MAPFRE.
- ____ (1997), *El peso de la noche: Nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago: Editorial Planeta chilena.
- ____ (1998), El liberalismo moderado chileno: Siglo XIX. *Estudios Públicos* (69):439-485.
- Jorrín, Miguel y Martz, John D. (1970), *Latin-American Political Thought and Ideology*. Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press.
- Kilgore, William (1961), "Notes on the Philosophy of Education of Andres Bello", *Journal of the History of Ideas*, 22(4):555-560.
- Larraín, Jorge (1996), *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- ____ (1997), "La trayectoria latinoamericana a la modernidad", *Estudios Públicos* (66):313-333.
- ____ (2010), "Identidad chilena y el bicentenario", *Estudios Públicos* (120):5-30.
- Morse, Richard (1964), "The Heritage of Latin America", en Louis Hartz (ed.) *The Founding of New Societies* (pp. 123-177). Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc.
- Palti, Elías J. (2005a), "De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos': Las escuelas recientes de análisis conceptual: El panorama Latinoamericano", *Anales Nueva Época* (7-8):63-81.
- ____ (2005b), "On the Thesis of the Essential Contestability of Concepts, and Latin American Intellectual History", *Re-Descriptions* (9)113-134.
- ____ (2006), "The Problem of 'Misplaced Ideas' Revisited: Beyond the 'History of Ideas' in Latin America. *Journal of the History of Ideas*, 67(1):149-179.
- Pinedo, Javier (2012), "Metodologías para analizar lo que hemos pensado: Historia de las ideas, historia de los intelectuales estudios culturales, análisis de discurso, estudios eidéticos: Reflexiones y propuestas. *Temas de Nuestra América* 27-42.
- Pocock, J.G.A. (1989). *Politics, Language, and Time: Essays on Political Thought and History*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rama, Ángel (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ramos, Julio (2003), *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.

- Richter, Melvin (1990), "Reconstructing the History of Political Languages: Pocock, Skinner, and the Geschichtliche Grundbegriffe", *History and Theory* (29):38-70.
- Romero, José Luis (2011), *Latinoamerica, las ciudades y las ideas* (Tercera ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Roniger, Luis y Waisman, Carlos (2002), "Approaching Multiple Modernities in the Americas", en Luis Roniger y Carlos Waisman (eds), *Globality and Multiple Modernities: Comparative North American and Latin American Perspectives* (pp. 1-4). Brighton : Sussex Academic Press.
- Sacks, Norman (1988), Lastarria y Sarmiento: El chileno y el argentino achilenado, *Revista Iberoamericana* LIV(143):491-512.
- Schwarz, Roberto (1973), "As idéias fora do lugar", *Estudos Cebrap* 3 (reimpreso en Ao vencedor as batatas). *Livraria Duas Cidades* 8-31.
- Serrano, Sol (1994), *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Silva Castro, Raúl (ed.) (1952), *Ideas y confesiones de Portales*. Santiago: Editorial Del Pacifico.
- Skinner, Quentin (1969), "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory* (8):3-53
- Stuven, Ana María (1997), "Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: Concepto y valoración del orden social (1830-1860)", *Estudios Públicos*, 259-311.
- _____ (2000), *La seducción de un orden: Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- _____ (2008), "El exilio de la intelectualidad argentina: Polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)", en Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds), *Historia de los intelectuales en América Latina* 1:412-440. Buenos Aires: Katz.
- _____ (2013), "Las claves del período", en Joaquín Stuven Fernandois (ed.), *Chile: La construcción nacional*. Tomo 2 (1830/1880). Madrid: Fundación MAPFRE.
- Subercaseaux, Bernardo (2011a), *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: Desde la Independencia hasta el Bicentenario*, vol. I. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Valenzuela, Samuel J. (1995), "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos políticos en Chile", *Estudios Públicos* (58):5-80.
- Van der Ree, Gerard (2007), *Contesting modernities: Projects of Modernisation in Chile, 1964-2006*. Amsterdam: Dutch University Press.
- Vial, Gonzalo (1981), *Historia de Chile (1891-1973)*. Volumen I. Santiago: Editorial Santillana.
- Wiarda, Howard (2001), *The soul of Latin America: The Cultural and Political Tradition*. New Haven: Yale University Press.
- Woll, Allen (1974), "The Philosophy of History in Nineteenth-Century Chile: The Lastarria-Bello Controversy", *History and Theory* 13(3):273-290.

- _____ (1976), "Positivism and History in Nineteenth-Century Chile: José Victorino Lastarria and Valentín Letelier", *Journal of the History of Ideas* 37(3), 493-506.
- _____ (1982), *A Functional Past: The uses of History in Nineteenth-Century Chile*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Zea, Leopoldo (1963), *The Latin-American Mind*. Norman: University of Oklahoma Press.
- _____ (ed.) (1986), *América Latina en sus ideas*. México, D.F.: Siglo XXI y UNESCO.

Fuentes Primarias

- Bello, Andrés (1843), "Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el día 17 de septiembre de 1843", *Anales de la Universidad de Chile* (1):139-152.
- _____ (1978), "Las repúblicas Hispano-Americanas: Autonomía cultural", *Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (11).
- _____ (2002a), Andrés Bello digital : Obras completas bibliografía. *Bibliotecas Virtuales FHL, Tomo IX. Temas de crítica literaria*. Madrid: DIGIBIS .
- _____ (2002b), Andrés Bello digital: Obras completas bibliografía. *Bibliotecas Virtuales FHL, Tomo XXIII. Temas de Historia y Geografía*. Madrid: DIGIBIS .
- Lastarria, José Victorino (1842), "Discurso de incorporación de D. J Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago", (pp. 1-15). Valparaíso: Imprenta Rivadeneyra. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- _____ (1861). *Don Diego Portales*. Valparaíso: s/ed. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- _____ (1874), *Lecciones de política positiva: Profesadas en la Academia de Bellas Letras Santiago* : Impr. del Ferrocarril. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- _____ (1878), *Recuerdos literarios*. Santiago: Imprenta de la República de Jacinto Núñez. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- _____ (1967), *Recuerdos literarios*. Santiago: Zig-Zag.
- Letelier, Valentín (1886), *De la Ciencia Política en Chile*. Imprenta Gutemberg. Descargar en : <http://www.memoriachilena.cl/>
- _____ (1893), *Ellos I Nosotros O sea Liberales I los Autoritarios*. Concepción: Imprenta de <el Sur> Comercio Número 133. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- López, Vicente F. (1842), "Clasicismo y Romanticismo", *Revista de Valparaíso* (4):122-143. Descargar en: <http://www.memoriachilena.cl/>
- Portales, Diego (1954), Carta Diego Portales a José Manuel Cea. Marzo, 1822. Lima. En Raúl Silva Castro (ed.) *Ideas y confesiones de Portales*. Santiago: Editorial Del Pacifico.